



SEMANARIO

LITERARIO

Gente Joven

JUEGOS FLORALES

organizados por esta Revista literaria

PREMIOS Y TEMAS

PREMIO DE HONOR: "Flor natural".—A la mejor composición poética, con libertad de metro y rima.

PRIMER PREMIO: Una magnífica estatua de bronce, "El genio de la Ciencia", regalo de S. M. el Rey.—Tema: *Salamanca, lumbreira de la ciencia española.*

SEGUNDO PREMIO: Tintero bacarrat y bronce, regalo de Su A. R. la infanta Isabel.—Tema: *La mujer castellana.*

TERCER PREMIO: Un objeto de arte, regalo del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Salamanca.—Tema: *El P. Cámara fué protector inteligente y generoso de las Artes en Salamanca.*

CUARTO PREMIO: 125 pesetas, regalo de la Excm. Diputación provincial.—Tema: *Trabajo en prosa sobre la batalla de Arapiles.*

QUINTO PREMIO: Un objeto de arte, regalo del Excelentísimo Ayuntamiento de Salamanca.—Tema: *Estudio heráldico sobre el escudo de Salamanca.*

SEXTO PREMIO: "Colección de Obras de Medicina", regalo del Senador por esta Universidad, D. Angel Pulido.—Tema: *Viviendas higiénicas para obreros en Salamanca.*

SÉPTIMO PREMIO: Una hermosa ánfora de bronce y Sevres, regalo de D. Gustavo Peyra y Anglada.—Tema: *Castilla y Cataluña hermanas, no obstante las diferencias étnicas que las diversifican.*

OCTAVO PREMIO.—(Tema Obrero). Instrumentos útiles de trabajo del obrero premiado, regalo de D. Isidro Pérez y Oliva.—Tema: *Artículo periodístico sobre un punto de vista cualquiera, relacionado con el mejoramiento de la clase obrera en Salamanca.*

NOVENO PREMIO: Un objeto de arte, regalo de D. Miguel Unamuno, Rector de la Universidad de Salamanca.—Tema: *Cuáles deben ser las relaciones entre catedráticos y alumnos.*

DÉCIMO PREMIO: Un objeto de arte, regalo de D. Luis Maldonado, diputado á Cortes y exsubsecretario de la

Presidencia.—Tema: *Monografía sobre un punto de literatura, música ó costumbres regionales.*

UNDÉCIMO PREMIO: Un elegante aparato de luz eléctrica, regalo de D. Juan A. Sánchez del Campo, diputado á Cortes por Salamanca.—Tema: *Inconvenientes y funestas consecuencias de la enseñanza primaria obligatoria, tal cual la defienden y pretenden implantar los partidarios del Estado docente.*

DUODÉCIMO PREMIO: Un objeto de arte, regalo de la Prensa local.—Tema: *Crónica periodística sobre un asunto de interés local.*

DÉCIMOTERCER PREMIO: Una estatua de bronce, regalo de D. Juan de la Fuente, exdiputado á Cortes y exsenador del reino.—Tema: *Poesía á Santa Teresa de Jesús.*

DÉCIMOCUARTO PREMIO: Un objeto de arte, regalo de la Cámara de Comercio de Salamanca.—Tema: *El comercio salmantino: bosquejo histórico de éste en la época de apogeo de la Universidad, y estado actual del mismo.*

DÉCIMOQUINTO PREMIO: Un objeto de arte, regalo de la Facultad de Medicina de Salamanca.—Tema: *La herencia biológica: estudio crítico de teorías é hipótesis sobre la misma.*

DÉCIMOSEXTO PREMIO: *Quijote*, edición gran lujo, 2 tomos, ilustraciones de Balaca, regalo de la casa Viuda de Calón é Hijo.—Tema: *Medios fáciles de popularizar la lectura en Salamanca.*

DÉCIMOSÉPTIMO PREMIO: Un objeto de arte, regalo del excelentísimo señor Marqués de Ivanrey.—Tema: *Cuento ó novela corta.*

DÉCIMO OCTAVO PREMIO: 100 pesetas y la impresión de 500 ejemplares, en forma de folleto, del tema premiado regalo de GENTE JOVEN.—Tema: *Estudio sobre las tendencias actuales de la juventud española.*

B A S E S

Primera. Las composiciones serán inéditas, originales, escritas en lengua castellana y sin firma ni señal que indique su procedencia.

Segunda. A juicio del Jurado, formado por personas cuyos nombres se publicarán oportunamente, podrán concederse, á los trabajos que no obtengan premio y merezcan distinción, "accésits", consistentes en diplomas de honor.

Tercera. El poeta que obtenga el premio de la "Flor natural", tendrá derecho á elegir Reina de la Fiesta.

Cuarta. Los trabajos deberán ser remitidos, lacrados y sellados, al Director de la revista GENTE JOVEN, San Pablo, 53, Salamanca.

A todos los que presenten pliego se les dará el oportuno recibo.

Expira el plazo de admisión de trabajos el 8 de Sep-

tiembre, á las trece, salvo por lo que hace referencia al tema primero, que será el 31 de Agosto, á la misma hora.

Quinta. Cada pliego contendrá el trabajo con opción al premio y un lema igual á otro, que en pliego cerrado y lacrado ha de contener el nombre y domicilio del autor. Este ha de hacer constar si, de resultar premiado con la "Flor natural", renuncia á nombrar Reina de la Fiesta; en cuyo caso como en el de que no estuviera presente en la distribución de premios, lo hará el Presidente, de acuerdo con la Comisión.

Sexta. En tiempo oportuno se publicarán en GENTE JOVEN los lemas de los trabajos presentados, para los efectos consiguientes.

Séptima. Los premios se entregarán en la sesión pública y solemne que se celebrará durante la feria de Septiembre en día que se anunciará oportunamente.

Octava. Durante el acto de la distribución de premios no se leerán más trabajos que los que el Jurado ó la Junta organizadora acuerde.

Novena. El Jurado podrá declarar desiertos los temas presentados que, á su juicio, no reúnan el mérito suficiente para obtener premio; pudiendo conceder los

premios correspondientes á dichos temas á otras composiciones que no lo hayan obtenido y merezcan distinción.

Décima. Si la Junta organizadora lo estima conveniente, se nombrará una "Corte de amor", tradicional en esta clase de fiestas.

Undécima. Los trabajos que se presenten sin sujeción á las condiciones indicadas no serán admitidos, así como los escritos con letra del autor.

Duodécima. Al tema Obrero podrán concurrir solamente los trabajadores manuales, y el Jurado atenderá, más que al mérito literario de los trabajos, á su aspecto práctico.

Décimatercera. GENTE JOVEN se reserva el derecho de publicar, por primera vez, los trabajos premiados.

NOTAS.—El plazo para la devolución de los trabajos no premiados caduca á los 15 días de conocerse el fallo del Jurado.

No podrán concurrir á ninguno de los temas los señores D. Fernando Iscar, D. Federico de Onís, D. Luis Hortal, D. Marcelino M. González y D. José Sánchez Rojas, redactores de GENTE JOVEN.

NUESTRA COLABORACIÓN

ALGO SOBRE LAS HORMIGAS

por ANTONIO GARCÍA MACEIRA

Estamos rodeados de misterios y prodigios; pero porque la escena y los actores están á nuestros pies pasamos indiferentes al lado de dramas llenos de interés, verdaderos reflejos de las pasiones humanas.

A algunos pasos, en efecto, de nosotros, se agita una gran nación, donde la industria y las artes fiorecen.

Tiene sus escultores, sus arquitectos, sus albañiles y sus tejedores, y es á la vez un pueblo pastor y un pueblo guerrero. Sus leyes no serían indignas de un Solón ó de un Licurgo, y no obstante la libertad es completa.

La autoridad, confiada á cada individuo, se ejerce en provecho de todos, sin ambición que intente dominar, y las costumbres están dirigidas por la previsión y la frugalidad. Un lazo de afecto mútuo hace fácil la vida, y el amor á la patria anima al trabajo y excita á la defensa.

En esta maravillosa república cada cual tiene sus atribuciones marcadas, que adquiere por sentimiento y sin oposición; y tal es la armonía que reina en todo, que hasta los mismos prisioneros de guerra son incorporados á su nueva patria, de la que se transforman en servidores devotos. Esta república modelo es la de las hormigas.

¿Quién no lo sabe? Las hormigas, como las avispas, las avispa y los abejones, viven en sociedades más ó menos numerosas, compuestas de tres clases de individuos: los machos, las hembras y los obreros ó neutros.

Su aspecto es característico é inconfundi-

ble. Cuerpo pequeño, sostenido por largas extremidades, talla esbelta y ligera, sin adorno alguno que la embarace, denotan una clase eminentemente activa, laboriosa y económica.

Los obreros, lo mismo que las avispas, tienen á su cargo todos los trabajos, todos los cuidados de la vivienda, el aprovisionamiento y la educación de la prole.

Para el que juzgue superficialmente, le parecerán los obreros desdichados esclavos, sin alas para penetrar en el alegre imperio del aire, y condenados á una labor constante; pero como todo se compensa en la Naturaleza, á ellos les pertenece la fuerza, la autoridad y el poder, justa indemnización de su vida meritoria.

Nada se hace sin ellos. Tutores de una inmensa familia, por su vigilancia, su ternura y su solicitud, sin ser madres, participan de las funciones y de los goces de la maternidad.

Las hormigas obreros deciden de la paz y de la guerra, toman parte en todos los combates, y cabeza, corazón y brazo de la república, aseguran su prosperidad, velan por su defensa, fundan colonias y se muestran siempre, en todos sus trabajos, grandes y atrevidos artistas.

El establecimiento de un hormiguero presenta un espectáculo, de cuya animación es difícil dar exacta cuenta.

¡Qué actividad y qué ardor! Aquí prudentes exploradores, que reconocen cuidadosamente el terreno; allá batidores arrojados, que se lanzan intrépidamente, á través de las altas hiervas; más lejos valientes gastadores, que esca-

lan las plantas y los árboles, inspeccionando la comarca desde lo alto de aquellos azoteas aéreas.

Unas hormigas recorren los caminos, otras escudriñan la maleza, y otras, en largas filas, acarrear los materiales de toda clase para la ciudad futura.

Van y vienen, se cruzan, se entremezclan, se tropiezan y confunden; pero en medio de aquel caos aparente cada cual aporta á la obra un esfuerzo ordenado, enérgico y útil.

Hay que edificar la ciudad, y aquello no es otra cosa que un asalto general á toda la comarca. La tierra entera sería saqueada para fundar la patria.

Esa humilde hormiga, que sigue penosamente el sendero estrecho, abierto entre la hojarasca de la selva, es la imagen de un patriota incorruptible, que, servidor de un ser abstracto, no tiene necesidad de castigos, ni de honores, ni de premios, para permanecer fiel á la comunidad.

¿Son estos seres esclavos? ¿Por qué, entonces, tantos destellos de inteligencia y ese sen-

timiento elevado y sublime de amor á la debilidad y á la infancia?

¿Son libres? ¿Por qué, entonces, tanta sumisión, tanto orden y tan constante uniformidad?

Aristóteles no conocía, ciertamente, las hormigas, pues de conocerlas no hubiera dado su famosa definición "el hombre es animal político".

Es imposible comprender la hormiga, un sólo instante, sin el hormiguero, mientras que el hombre inculto ha debido de preceder al hombre civilizado.

Si la raza humana se extinguiese, sus ejecutores testamentarios no serían los gigantes del aire ni los gigantes de la tierra. Entre los insectos, sin duda, y entre los más pequeños, se encontrarían los seres que reproducirían más fielmente los grandes trazos de la naturaleza humana. La magnitud del hormiguero y su distribución revelan á las claras lo que logra la asociación de fuerzas dirigidas á un mismo fin.

La vivienda, ya en los suelos, ya en los árboles, responde siempre á las necesidades de un pueblo activo, inteligente, previsor y económico.

Pero esto bien merece otro artículo.

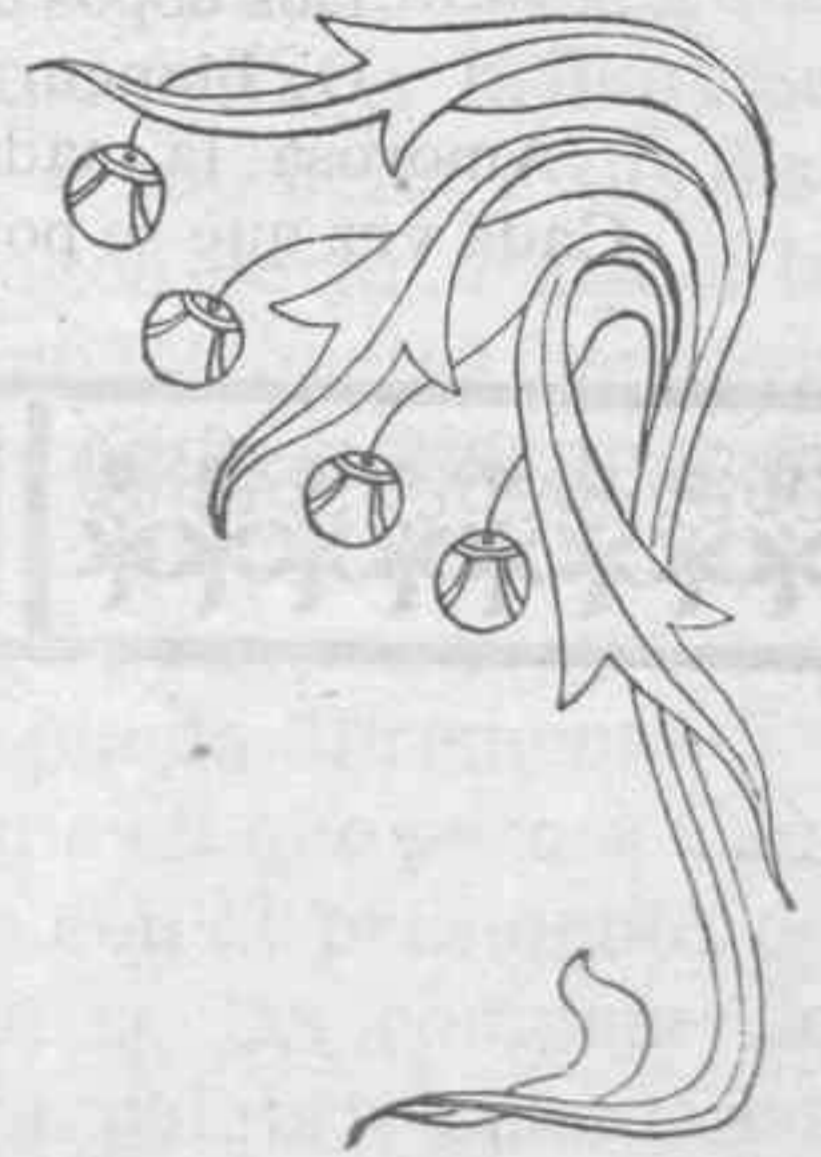
ABISMOS

por VICENTE MEDINA



El arrogante, viril mancebo
junto á la reja las noches pasa...
¡Ay del mancebo cuyos ardientes ojos oscuros
de los azules ojos no aparta!...
¡¡ay del mancebo que á la caricia mortal se entrega
de las menudas manos lascivas, suaves y blancas!!...

Murió el mancebo... Lo consumieron los claros ojos
con su insaciable, febril mirada...
¡lo consumieron con su caricia
las manos blancas!...
Tras de la reja
la niña cándida
de los azules y claros ojos,
¡mira á los hombres con su insaciable, febril mirada!



PROSA Y VERSO

REFLEXIONEMOS

por JOSÉ LEÓN Y MUÑIZ

¡Qué mezquino es el hombre! —¡Cuánta miseria rodea el alma! —¡Cuántas veces mueren nuestros actos los impulsos que tenemos de fiera
Y sin embargo, á pesar de que todos compre-

demus esto, en esos momentos, en que pensamos y demostramos tener entendimiento, que pocas veces lo confesamos y cuantas nos reimos del que medita sus actos. Al que tal hace muchos

le tachan de cobarde, por que no comprenden más valor que el irreflexivo, pues no ven más valor que el irreflexivo, pues no ven más que un impulso, un deseo y una posibilidad de realizarlo, sin ver que al lado de ese camino que van á tomar, existe otro que también atrae, pero atrae al espíritu, el otro, solo atrae al cuerpo.

Así es que llaman cobarde al que no se deja seducir, al que verdaderamente lucha, al que no obedece fatalmente á la voz impura, que ciega los sentidos y hace mover á la voluntad contra su propio fin que es el bien, los otros, son los ciertamente cobardes, pues por no luchar, dejan el bien y siguen el mal, que es el que se presenta á primera vista, con más atractivos, pero atractivos engañosos que se traducen mas tarde en remordimientos vergonzosos.

¿Y por que hacen esto? por que se olvidan de que tienen entendimiento y voluntad, pues si se acordaran de que tenían entendimiento, pensarían, y al pensar hallarían la verdad y si se acordaran que tenían voluntad, querrian el bien y conociendo la verdad y conociendo el bien, el hombre no puede realizar más actos, que aquellos que le conducen al fin para que ha sido creado.

De modo que antes de realizar un acto, *reflexionemos*, pensemos en la distancia tan grande que existe entre el bien y el mal y despues sigamos el camino, que más claro nos pinte nuestra razón, pues el mérito mayor está en vencerse á uno mismo.



LAS GEMELAS

por PEPE ONÍS

Son lo mismo que dos gotas de agua
Cristalinas, hermosas y frescas;
Son dos angelitos
Que han bajado del cielo á la tierra.
Son de un árbol dos flores iguales,
Son dos azucenas,
Dos copos de nieve
De blancura intensa.
Amorosa, la madre, lo dice,
Cada vez que se pone á hablar de ellas:

En el mundo no hay niñas iguales
Que mis dos gemelas.
Con su pelo dorado y brillante,
Su mirada tan dulce y tan tierna,
Que parece una suave caricia
Que al alma me llega.
Las dos son iguales
De santas y buenas.
Son dos angelitos
Que han bajado del cielo á la tierra.

LECTURAS CLÁSICAS

LITERATURA ITALIANA

EDMUNDO DE AMICIS

EL CONGRESO ESPAÑOL Y CASTELAR

De *Spagna* (1)

Los diputados en las Cortes me divirtieron más que los gallos y los toros. Pude lograr un sitio en la tribuna de los periodistas, y allí me largaba todas las tardes, donde me quedaba, pasando un rato delicioso, hasta concluída la sesión.

El Parlamento español parece más joven que el nuestro, no porque los diputados sean más jóvenes, sino porque son mas limpios y elegantes. No se ven esas cabelleras desgredadas, esas barbas incultas, esos fraques de color indeterminado que caracterizan nuestra Cámara; allí

no existen más que barbas y cabellos bien peinados y alisados, camisas bordadas, negras levitas, pantalones claros, guantes amarillos, bastones con puños de plata y flores en los ojales. El Parlamento español transige con las exigencias de la moda. Y el lenguaje corre parejas con el modo de vestir: es ameno, alegre, florido y resplandeciente. Nosotros nos lamentamos de que nuestros diputados se preocupen de la forma más de lo que conviene á los oradores políticos; pero los diputados españoles cuidan de ella todavía más, y, hay que confesarlo, con más éxito.

No sólo hablan con pasmosa facilidad, hasta

(1) Las impresiones de este artículo se refieren á las Cortes españolas reinando D. Amadeo I de Saboya. (N. de la R.)

el punto de que es muy raro que un diputado se interrumpa buscando una frase, sino que no hay uno que no se esfuerce por hablar correctamente y dar á su oración un sesgo poético, un poco de sabor clásico, un ligero tinte de grandioso estilo oratorio. Los ministros más graves, los más tímidos diputados, los hacendistas más severos, hasta cuando tratan asuntos que nada tienen que ver con la retórica, esmaltan sus discursos con un jardín de rosas, de epigramas, anécdotas picantes, citas y apóstrofes á la civilización, á la libertad y á la patria. Y hablan de prisa, como si recitaran oraciones aprendidas de memoria, con entonación siempre mesurada y armoniosa, y una porción de gestos y posturas que ni cansan ni fastidian.

Y los periódicos, al juzgar estos discursos, elogian la elevación del estilo, la pureza de la dicción y los *rasgos sublimes*, cuando hablan de sus camaradas y correligionarios, se entiende, pues, en caso contrario, dicen despectivamente que el estilo es ramplon, la frase incorrecta y la forma, ¡oh, la dichosa forma!, inculca, ruin, indigna de las clásicas tradiciones de la oratoria española.

Este culto por la forma y esta gran facilidad de la palabra degeneran en vanidad ampulosa. Efectivamente; no deben buscarse en el Parlamento español los modelos de la verdadera elocuencia política; pero también es cierto, como se confiesa por propios y extraños, que este Parlamento es el más rico de Europa en oradores fecundos, en el sentido *vulgar* de la palabra. ¡Es cosa de oír una polémica sobre un asunto de alta política que mueva las pasiones! Es una batalla verdadera. Ya no son discursos; son diluvios de palabras para volver locos á los taquígrafos y marear á los oyentes de las tribunas. Aquellas voces, aquellos ademanes, aquellos giros oratorios y aquella inspiración traen á la memoria la Asamblea francesa en los días turbulentos de la Revolución. Allí se oye á un Ríos Rosas, orador violento, que domina cualquier tumulto con sus rugidos; un Martos, orador escogido, que mata con la espada del ridículo; un Pi y Margall, anciano venerable, que espanta con sus siniestros pronósticos; un Collantes, charlatán incorregible, que aplasta á la Cámara con una legión de discursos; un Rodríguez, que con su maravillosa fluidez de razonamientos y rodeos, persigue, revuelve y mortifica á sus adversarios; y, entre otros cien, un Castelar, que seduce y encanta á amigos y enemigos, con un torrente de armoniosa poesía. Y Castelar, conocido de toda Europa, es, en verdad, la expresión más acabada, el más per-

fecto símbolo de la elocuencia española. Siente el culto por la forma hasta la idolatría. Su elocuencia es una música. Sus razonamientos son esclavos de su oído. Dice una cosa ó no la dice, ó la dice en este ó aquel sentido, según conveniga al período. Tiene la armonía metida en la cabeza, y la sigue y obedece; hasta sacrifica en su honor todo lo que pueda molestarla. Sus períodos son estrofas; es necesario oírle para creer que la palabra humana, sin ritmo poético, pueda llegar, de aquel modo, á las alturas del canto y de la poesía.

Es más artista que hombre político, y tiene de artista, no sólo el espíritu, sino también el corazón; un corazón de niño, incapaz de odiar ni de enemistarse con nadie.

En todos sus discursos no se encuentra una injuria. En las Cortes nunca ha provocado una seria discusión personal; jamás recurre á la sátira. En sus más violentas diatribas nunca ha derramado una gota de hiel, y la prueba es que, —republicano, adversario de todos los ministros, periodista de lucha, acusador perpetuo de cualquiera que ejerza un poder y de cualquiera que no ejerza el fanatismo de la libertad,— no se ha hecho odiar de nadie. Sus discursos se gozan y no se juzgan. Su palabra es demasiado bella para ser terrible y hasta sincero su carácter para que pueda ejercer influencia alguna política. No hace más que deleitar y brillar. Su elocuencia es tan grande como bella y sus discursos más hermosos hacen llorar. Para él la Cámara es un teatro. Como los poetas improvisados, para que su inspiración sea robusta y serena, necesita hablar á determinada hora, sobre tal ó cual punto, escogido de antemano, y tener tiempo necesario del que pueda libremente disponer. Tan es así, que el día en que perora Castelar, se pone de acuerdo con el presidente de la Cámara. El presidente se las compone de manera que le concede la palabra cuando las tribunas están llenas y todos los diputados se encuentran en su sitio. Los diarios anuncian la víspera, por la noche, que Castelar ha de consumir turno al día siguiente, para que las señoras puedan procurarse billetes. Tiene necesidad de ser escuchado. Antes de hablar está inquieto, nervioso, no puede parar en parte alguna; entra en el salón de sesiones, sale, vuelve á entrar y á salir, se pasea por los pasillos, hojea un libro de la biblioteca, entra en el café para tomar un vaso de agua como si la calentura le devorase, cree que no podrá articular dos palabras, que hará reír, que le silbarán. No tiene idea clara en nada, lo confunde todo, todo lo olvida.

—¿Cómo tiene V. el pulso?—le preguntan sus amigos sonriendo.

Llega el momento solemne. Se va á su sitio, con la cabeza baja, tembloroso, pálido como un condenado á muerte, resignado á perder en un día la gloria conquistada después de tantos años y á costa de tantas fatigas. En aquellos momentos hasta sus amigos le compadecen.

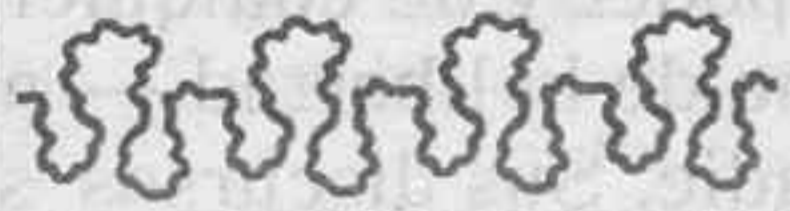
Pero se levanta, lanza una mirada á su alrededor, se atusa con nerviosa agitación sus enormes bigotes y exclama: "¡Señores!, Está salvado ya. El valor le anima; su espíritu se obscurce y el discurso se va hilvanando en su cabeza como un canto olvidado. El presidente, los diputados, las tribunas, desaparecen; no ve más que sus ademanes, no oye más que su voz, sólo siente la llama irresistible que le ilumina y la fuerza misteriosa que le impulsa. Da gusto oírle decir: "Yo no veo las paredes del salón; veo pueblos y países lejanos, nunca vistos,".

Y habla durante horas y horas. Ni un diputado sale, ni nadie se mueve de las tribunas, ni

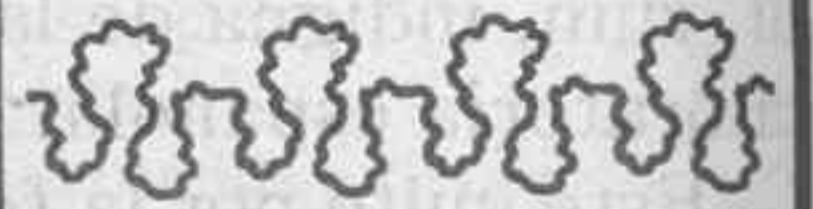
una voz le interrumpe, ni un gesto le distrae. Hace brillar, á contento, la imagen de su República, vestida de blanco y coronada de rosas. Ni los monárquicos se atreven á protestar siquiera, porque, vestida de aquel modo, ellos también la encuentran hermosa.

Castelar es dueño de la Asamblea. Truena, resplandece, canta, brilla como un fuego de artificio, hace reír, arranca gritos de entusiasmo y termina, invariablemente, entre salvas de formidables aplausos.

Tal es el famoso Emilio Castelar, catedrático de Historia en la Universidad Central, escritor fecundo en cuestiones políticas, artísticas y religiosas, publicista que gana cincuenta mil francos al año en los diarios de América, académico de la *Española* elegido por unanimidad, señalado con admiración en las calles, ídolo del pueblo, querido hasta de sus propios enemigos políticos, joven, guapo, algo vanidoso, espléndido y feliz.



LIBROS NUEVOS



EL LICENCIADO DE ESCOBAR

(NOVELA)

por Juan Blas y Ubide

Es en extremo difícil y ocasionado á error hablar de un libro inmediatamente después de haberlo leído.

La lectura de un libro cualquiera, si este libro está escrito con alma y con arte, causa en nosotros un estado especial de ánimo, una cierta soñolencia espiritual, un estado en que las impresiones recién recibidas aparecen vagas, confusas, inconcretas.

Necesariamente será muy difícil hablar del libro en este estado de ánimo; por lo menos haciéndolo de la manera que lo haríamos nosotros, cual era contar sencillamente á nuestro lector nuestras impresiones sin alardes de crítica y sin pretensiones de infalibilidad.

Ni mucho menos. Allá los críticos de oficio, esa clase de literatos donde se encuentran los dos extremos representados, desde el más grande, más recto y más noble que tan poco abunda, hasta el más odioso, despreciable é inútil; allá ellos se las entiendan para hablar de los libros y de los autores, con frialdad

de espíritu, viendo claramente los aciertos y las equivocaciones.

Nosotros confesamos sinceramente que no servimos para eso, que lo más que podemos hacer es pública confesión de nuestras impresiones, haciendo ver lo que nos ha impresionado bien y lo que nos ha impresionado mal, lo que nos ha alegrado y lo que nos ha entristecido, lo que nos ha emocionado, lo que hemos aprendido, lo que hemos admirado y lo que detestamos.

Cada lector puede apreciar que clase de crítica le gusta más.

Y vamos con el libro. Su autor, D. Juan Blas y Ubide, es uno de los más jóvenes novelistas, y según lo que dicen y según lo que parece es de los que han de llegar.

Hasta ahora no ha publicado más que dos novelas, una regional, de costumbres aragonesas, muy hermosa de verdad, *Sarica la Borda*, y otra que es esta, de la que nos ocupamos ahora.

Adelantemos que nos ha gustado, que recomendamos su lectura y que no dudamos de que á cualquiera que la compre y la lea, no le ha de pesar.

Es la novela del fracasado de la bondad y de la honradez, del trabajo y del estudio. Es la novela del salvado por el amor.

Un muchacho de pueblo de alma

noble y de cuerpo sano, de claro talento, va á estudiar el Bachillerato y después Derecho, á costa de grandes sacrificios de sus pobres padres. Confía en el trabajo, en el trabajo honrado, en la bondad de las gentes. Termina sus estudios: y el fracaso, el desengaño son grandes desgarradores.

Le salva el amor que por él siente Lolica su musa, muchachita de su pueblo, amor que empezó en los tiempos felices en que él no había salido aún al mundo de sus desdichas.

Estos amores tienen delicadezas, ternuras que encantan, emocionan.

Tiene el autor gran parecido con Armando Palacio Valdés; sus relatos tienen gracia, ingenio y agudeza, mezclados con delicadezas muy hermosas.

No dudamos de que Ubide es de los que llegan, ó al menos de los que debían llegar.

DEL VIVIR

(APUNTES DE PARAJES LEPROSOS)

por Gabriel Miró

Es un libro que impresiona tristemente. Está escrito con viveza de alma, con viveza de lenguaje.

Lo forman (como se indica en la portada) unos apuntes trazados de mano maestra, resultado de las impresiones de una estancia en Parcent, paraje leproso de Levante, donde aún se encuentran esos desgraciados, que atacados de la asquerosa enfermedad, viven aislados, huyendo ellos mismos de las gentes, separadas las madres de los hijos, los hermanos de los hermanos.

Viven los pobres leproso en las casuchas más apartadas del pueblo; marchan solos por un camino, y se salen de él y rodean por las tierras al ver á gente sana que se acerca;

pasean de noche por las calles del pueblo, libres de que les vean solamente en esas horas.

Tiene el libro de Miró relatos dramáticos que impresionan de una manera agobiante; tiene pinturas de aquellos hermosos paisajes que refrescan el ánimo y contrapesan las amargas impresiones.

La fuerza de visión y de narración del Sr. Miró se encontrará en muy pocos escritores elevada á tan alto grado.

Es muy notable también la labor del autor en pró del enriquecimiento del lenguaje castellano, introduciendo con gran acierto un gran nú-

mero de palabras que la señora Academia no ha tenido á bien aceptar aún en su desdichado diccionario; palabras hermosos que dan al estilo del Sr. Miró un colorido y una fuerza de expresión encantadores.

Es la primera obra que leo de dicho escritor, y por lo menos se ha llevado ya mi simpatía y mi cordial admiración.

Entre esa avalancha de literalismo huero que nos agobia, surge, á las veces, un escritor intenso, de hondo vivir y sentir, de rica expresión, al que hay que hacer justicia y rendir el homenaje de la verdad.

F. O

CRONICA SEMANAL

HEMOS SALIDO de casa después de comer y nos hemos encaminado, después de dar la obligada vuelta á la Plaza Mayor, por la calle del Dr. Riesco (antes Toro)

Nos hemos detenido; en medio de la población, hemos encontrado los restos de un lago desecado. Sedimentos barrocos, légamo hasta en las aceras: ramas, hojas mustias, trozos de madera, en medio de una de las calles más céntricas de un pueblo que llamamos civilizado.

Hemos tornado á andar; nos hemos arriesgado á atravesar el suelo sucio, con cuatro dedos de légamo, con notable detrimento de nuestras flamantes botas, recién limpiadas.

Hemos llegado, al fin, á nuestro término; y nos hemos parado delante de la puerta de una casa antigua, una puerta de soberbio arco de piedra que da entrada á un portal de alto techo y de bajo suelo.

El portal está lleno de agua lo hemos tenido que atravesar saltando por unas pasaderas puestas *ad hoc*. Ya estamos en seco. Es preciso patear un rato para quitar el barro de nuestras botas y pedir amablemente un cepillo para limpiar nuestros pantalones.

Decididamente es preciso seguir afirmando que vivimos en un país civilizado, delicioso.

Y no se dude de que hay gente que piensa de este modo. Si hubiera habido un alcantarillado, con esguebas en condiciones para dar paso al turbión de agua que nos inundó días pasados, no habríamos tenido el espectáculo extraordinario y gratuito que hizo se rompiera la monotonía de nuestra vida. Y por esto hay gentes que afirmaban aquella tarde que este era un pueblo delicioso. Si se pusieran los medios para evitar que volvieran á ocurrir cosas como aquella brutales é inauditas, nos moriríamos de tedio dentro de la perfecta simplicidad de nuestra vida.

Pero no divaguemos. Hemos llegado al patio de la casa antigua, después de la arriesgada excursión. Hemos subido los anchos escalones de una ancha escalera de piedra y hemos pasado por una, dos, tres, cuatro habitaciones, envueltas entre sombras, por un largo corredor después; y parados delante de una puerta hemos dado dos golpes suavemente con los nudillos de los dedos, seguidos de un: —¿Se puede?

Es prudente obrar de este modo, sobre todo en esta época de calor y de siestas.

Una voz amiga contesta desde dentro; y entramos en la estancia.

Personalicemos. Hemos estrechado la mano del amigo; precisamente la misma mano que escribió la valiente crónica de la semana pasada que tanto ha dado que hablar, mereciendo grandes elogios de la opinión estimable, de lo que nos congratulamos.

Sirkasir está inclinado sobre las cuartillas. Escribe y habla al mismo tiempo. Escribe después de comer, cosa notable. Escribe sobre la reunión de los liberales salmantinos que se han coaligado esta mañana y habla de los Juegos Florales de GENTE JOVEN, todo á un tiempo.

Sirkasir es activo. Hace muchas cosas al día: organiza, arregla, escribe cartas, visita, escribe artículos, trabaja por cosas que no le importan.

A él se deben en su mayor parte la organización material de los Juegos Florales de GENTE JOVEN.

Nuestro amigo escribe pronunciando en alta voz la última línea de su artículo sobre la coalición de los liberales. Se acerca la hora de comer. Se aburre uno muchísimo.

Protesto, ¡vive Dios! ¡Qué se ha de aburrir uno en tales reuniones de personas importantes que forman partidos políticos, esperanza de la nación, que hablan y discuten de hermosas vulgaridades!

Son estas reuniones uno de los espectáculos que nuestros prohombres nos brindan de cuando en cuando para solaz en medio de nuestro aburrimiento.

Hay que abonarse á estas reuniones.

Sentado en el sitio más retirado oigo hablar á todos aquellos tipos, que nos pintó Flaubert en sus novelas; y me parece ciertamente que no son mis queridos paisanos los que hablan, sino aquellos otros tipos en que encarnó el maestro del estilo la vulgaridad hermosa de los hombres.

Y hasta me imagino á las veces al mismo Flaubert, en el sitio menos invisible, mezclado entre el público, con su fina sonrisa bosquejada en los labios, escribiendo en su cuadernito las últimas palabras pronunciadas por el orador; en aquel célebre cuaderno, monumento á la vulgaridad y á la ramplonería, donde quedaron escritos todos los lugares comunes, las frases hechas, las ridiculeces, los abortos del sentido común, las sensateces pe-rogrullesca de los grandes hombres.

Y de paso hemos de decir, por decir algo, que como protesta contra algún periódico que nos ha mezclado en la lista de liberales demócratas (á Onís, Federico y Pepe; Iscar, Martín González y Hortal, basta el hecho de que uno tras otro, en las columnas de la Prensa, hablamos á nuestro modo, con nuestro *sans façon* característica, de la tal coalición, que no es para nosotros sino un espectáculo más que para nuestro regocijo nos proporcionan los señores respetables (que aparte de todo respetamos y queremos de verdad), y algunos otros individuos sencillamente ridículos (á quienes despreciamos de verdad).

Personalicemos.. Mejor dicho, no. La crónica se alarga. Ha llegado la tarde. Vamos á la inundación.

¿Tendrá que ver algo la inundación con la coalición de los liberales demócratas?

Hace un momento, cuando entrábamos en casa de amigo, atravesando el inundado portal, aún no había habido más que una pequeña tormenta, tras de la cual vino un descanso de quince minutos, ni más ni menos que en los espectáculos, con programa y todo.

En aquellos quince minutos descansaron los actores, preparándose para el acto trágico.

Conversamos y escribimos entre los truenos y relámpagos y el golpear del granizo en los cristales. El hábito dá una tranquilidad pasmosa, y las tormentas son para nosotros, hace una temporada, el pan de cada día.

Hemos estado reclusos, en la casa, cercados por agua, durante dos horas; inundado el portal, el patio, las habitaciones bajas; corriendo el agua por las calles como rios; convertida en ancho lago la plazuela. ¡Oh Venecia!

Al fin hemos salido; hemos recorrido los barrios inundados; hemos visto el espectáculo triste de las pobres gentes en medio de sus muebles deshechos, de los frutos de sus trabajos estropeados, inutilizados, de sus casas destruidas.

Y hemos presenciado la incuria más grande en las autoridades, que se paseaban dos horas más tarde en coches; que dieron lugar á que los vecinos, casi ellos solos trabajasen en el salvamento de las personas y de los muebles, en el desagüe de sus casas.

Hemos visto á muchos pobres hombres toda la tarde con el agua por cima de las rodillas, sacándola con cubos de sus casas: hemos visto á monjas en las Adoratrices desaguando sus habitaciones á paladas.

Los guardias municipales, los obreros del municipio presenciaban estoicamente el espectáculo.

Las autoridades, que no han sabido prevenir á tiempo hechos naturales de consecuencias tan lamentables, han hecho bien poco, si se ha de decir la verdad, por remediar en el momento las inminentes necesidades que si se han salvado fué merced á la iniciativa particular.

El ilustrado ingeniero Sr. Milla ha escrito un luminoso artículo en *El Adelanto*, proponiendo los medios para prevenir acontecimientos como el pasado.

Pero se acercan las elecciones; se han coaligado los liberales-demócratas; el Sr. Alcalde forma parte del Comité.

Los prohombres se deben á sus ideas; se aprestan á la lucha.

No se moleste V, Sr. Milla.

Pero se hace preciso reflexionar y no caer en el defecto de desacreditarnos más, siguiendo la antigua costumbre de agrandar defectos. Del turbión imponente del miércoles no tiene la culpa el Ayuntamiento, ni la

tiene tampoco esta primitiva alcantarilla que serpentea desde Aníbal bajo el suelo salmantino.

Si en los altos centros hiciesen oídos á las peticiones de Salamanca, demandando socorros, sería cosa de celebrar á la implacable tormenta porque ha destruido tugurios y ha desplomado ridículas casas de naipes.

Y, además, sé ciertamente que muchísimos salmantinos y sobre todo salmantinas, que vegetan aquí desde que su madre las lanzó á la vida, desconocían en absoluto que en un rincón de este pueblo viven amontonadas en casas de adobes carne humana como desechos de bestias.

Afortunadamente, el torrente lodoso escogió por cauce el barrio mísero de San Vicente y los Milagros.

Los curiosos que se recreaban, pasado el desastre, mirando la huella tremenda de la turbonada, pudieron, después de lamentar inútilmente lo sucedido, traspasar algunas puertas y recorrer algunos chamizos.

Y nosotros, los que muchas veces hemos intentado la campaña salvadora de descubrir á los ahítos de Salamanca la miseria de sus convecinos, daríamos por... ¡salvadora! la tempestad del cielo, si á los plañidos de las almas tiernas sucede el clamor de las almas valientes.

Yo no puedo llorar con ese llanto literario de los caritativos de oficio; yo no puedo alienar dos palabras que trasciendan á filantropía; yo sólo puedo decir á los lectores que en aquellas hondonadas de San Vicente se respira el microbio y se vive la muerte.

Que aquellas casuchas han sido edificadas por sus dueños, sepan ó no del arte de construcción, fabricando los adobes con barro recogido de cualquier parte.

Y allí viven muchos hombres, y por allí se cobija la grey de mendigos y la bandada repugnante de mujerzuelas hambrientas.

Y allí no hay luz ó entra por ventanucos estrechos, y los techos se combean y los desperdicios de la ciudad aromatizan higiénicamente los cubiles.

Por eso y por muchas más cosas que ofendería á estas columnas narrarlas, yo, que no soy caritativo ni filántropo, tendría júbilo inmenso si mandasen desalojar de las gentes muchos barrios de aquellas barriadas y destrozasen las casas con una batería de cañones.

Y cuando todo el mundo pide y clama por un mercado nuevo, que estará siempre en lo futuro, por derrumbar casas que se expropian á peso de oro, por traernos agua que, será muy necesaria, pero que no bebieron y vivieron bien nuestros antihigiénicos antepasados, por hacer, ¡sobre todo por esto!, por hacer bajo Salamanca un sótano de alcantarillas, con vueltas para hombres y para mujeres; cuando todo el mundo clama por eso, yo, antiprogresista, atávico y hasta reaccionario, daría ese cuento de la lechera por contemplar una ringlera larga, muy larga, de casitas blancas, donde pudieran gozar un poco de la vida estas pobres gentes, que se asesinan mientras descansan.

Y, ¡si será extraño!, estoy convencido de que todos viviríamos nuestra vida, bebiendo barro, comprando el alimento en casetas decentes y limpiando, de cuarenta en cuarenta años, nuestros modestos enseres, desbarriados por un turbión imprevisto.

IMPORTANTE

Después de terminada la impresión de las bases, temas y premios para nuestros Juegos Florales hemos recibido un premio del Excmo. Sr. Ministro de Agricultura, Industria y Comercio y Obras públicas cuyo tema es: *El alma castellana*.

A. Iglesias, Imp.—P. Libertad 10, Salamanca.